

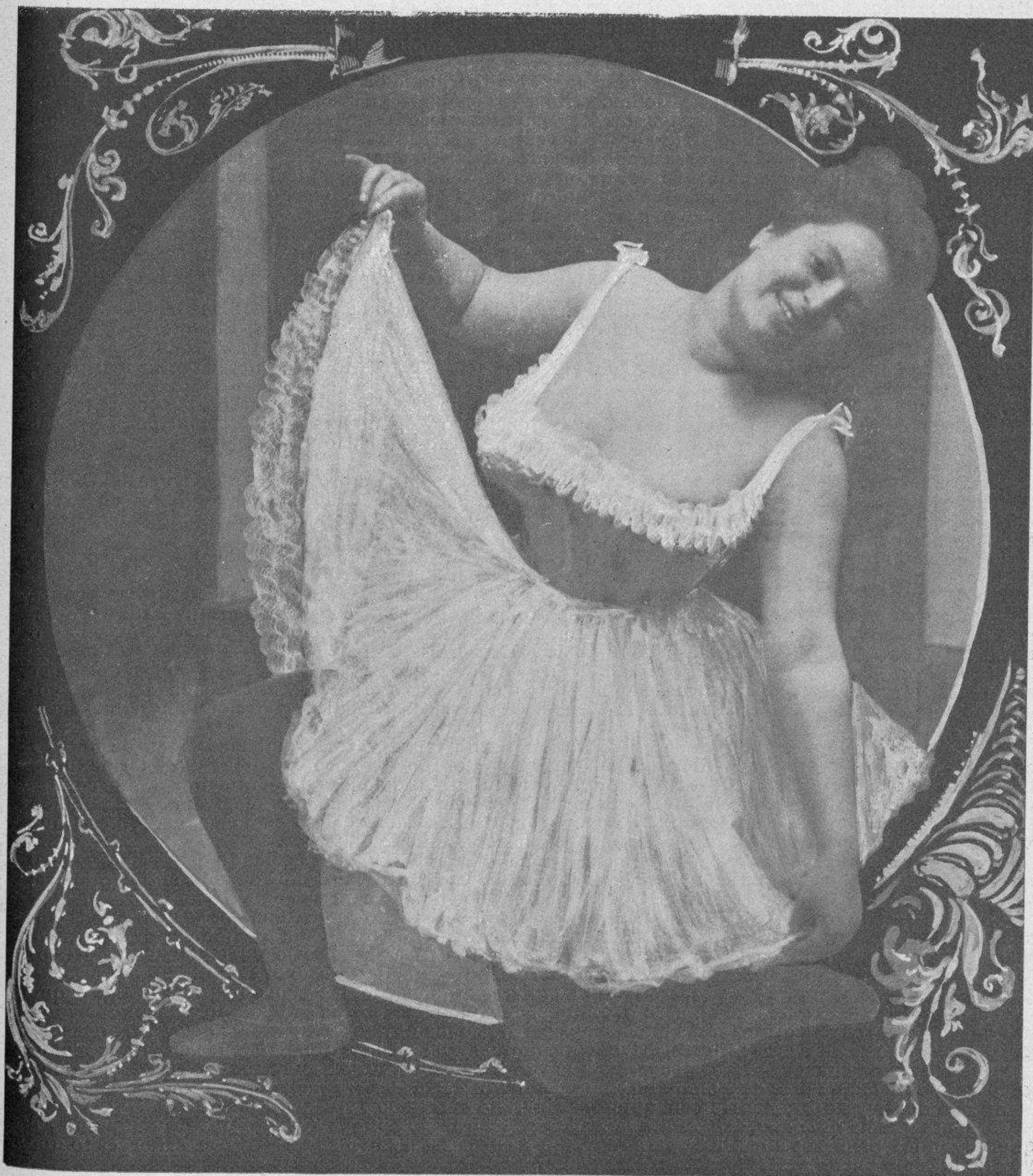
LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 29 de Septiembre de 1898

Núm. 410



El baile. — La reverencia.



Por esas calles.....

Madrid, Septiembre 1898.

El sol va ocultándose poco á poco tras los floridos árboles de la *Casa de Campo*; Madrid va perdiendo la brillantez de sus notas y el tono de sus colores.

La gente, formando abigarrado conjunto, comienza á subir lentamente por la calle de Alcalá. Los coches, de vuelta de la Castellana, ocupan por completo la amplia calle, mientras que los paseantes se arrastran perezosamente.

Madrid está satisfecho, nada le turba ni le agita, ha disfrutado de una buena tarde, y eso basta; los ándenes de Recoletos y la Castellana se han visto extraordinariamente favorecidos; por el centro se han dejado ver algunas familias aristocráticas, bastantes picadores y algún que otro político de los que tienen coche y figuran en la serie 10.^a de las cajas de cerillas.

Dos briosos caballos píos han arrastrado durante un par de horas la lujosa victoria en que reclina lánguidamente su cuerpo la Lulú; otro coquetón cochecito ha paseado á una francesa—*très charmante*—desconocida en el mercado; la *charrette* del marquesito X ha escoltado largo rato y alternativamente á ambos coches, y el marquesito, cuyo padre sirvió en las principales cortes y sus abuelos en las principales guerras, ha lanzado á ambas mundanas varios piropos que de su cochero tiene aprendidos.

En el cruce de la calle de Sevilla, prodúcese un *maremagnum* de tranvías, coches y caballos. Empieza á separarse la gente, fórmanse ya algunos grupos en la *carrera* y animanse las conversaciones.

Esto es bonito; vuélvese á la vida ordinaria que no han alterado las circunstancias tristísimas porque la patria atraviesa, sinó por el veraneo. Empiézase á ver caras conocidas, Fulanito que vuelve de San Sebastián, en cuyo casino se ha dejado una fortuna; Menganito que se trae otra, pescada también en el casino, no en el tapete verde, sinó entre las faldas claras de Zutanita, la teñida marquesa, que *todavía* ama.

Surgen cuatro ó cinco muchachas que años anteriores no paseaban en la *carrera*, porque entonces ¡ay! unos amos las tenían sujetas para el servicio doméstico y ogaño han podido emanciparse gracias á otros tantos viejos calaveras que las han conocido en algún balneario, haciéndolas pasar de doncellas ó *cocottes*.

Las conversaciones varían; se encuentran impresiones y se hacen proyectos. Las faenas del *Guerra* en las corridas de Bilbao, la partida de *law-tenis* en San Sebastián, el automóvil comprado en París, el abono del Real, el ascenso á tiple de la Coralito, la *segunda de la izquierda*: son puntos importantes que se comentan entre apretones, paradas y saludos.

En apretado haz, los madrileños, recorren la *carrera*, se detienen á la puerta de Lhardy, pasan de largo por la librería de Fe y van á perderse en la confusión de la Puerta del Sol.

Después, como si una gran campana de hotel llamara á comer, el desfile se acelera, dos coches arrancan al trote de sus caballos, los tranvías son tomados por asalto; la gente se retira á sus hogares, más ó menos modestos, y puede verse, al que momentos antes *flirteaba* con elegante *toilette*, sentado en su casa frente á frente de un hermoso plato de patatas guisadas ó de apetitosas judías.

El *café Francés*, *Fornos*, el hotel *Inlgés*, ven sus mesas ocupadas; extranjeros que en eso de comer están más adelantados que nosotros, son los principales parroquianos, y allí asisten á diario, comiendo solos, de uno á uno en cada mesa, rodeados de inmensos periódicos y haciendo horribles mezclas de agua, vino y cerveza.

El tiempo pasa, empieza la hora de las digestiones, vuelven á verse las mismas caras de antes y otras que sólo son *nocturnas*. Anímense los *café*s y á ellos poco á poco van llegando y formándose las tertulias; aquellas célebres tertulias, donde se discutían las defensas de Santiago, y donde con terroncitos de azúcar formados en línea se simulaban escuadras y se daban combates; llegan también la *eterna* madre con la *eterna* hija, ¡niña recién formada y que *todavía* no está manchada, pero que va al *café* como á una escuela, de donde ha de salir debidamente instruída.

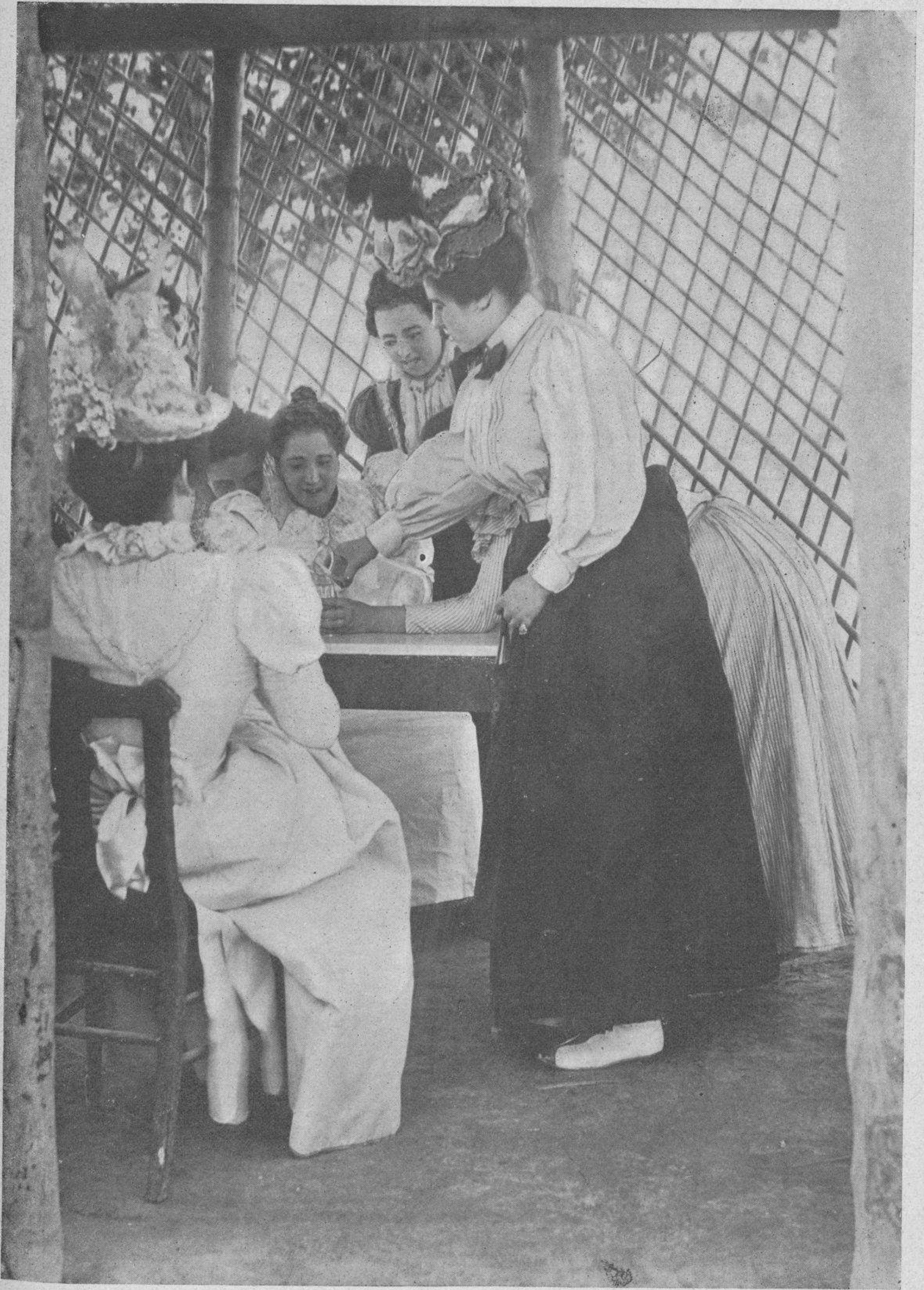
Abren sus puertas los teatros con las mismas funciones que lo vienen haciendo desde hace cuatro meses, el público acude á reirse nuevamente con lo que le divirtió la noche anterior; el tiempo pasa; los trasnochadores llenan el teatro de Apolo, siempre los mismos: el palco de los amigos, el del ex empresario casado con la ex tiple, el de la Blanca, el de la Lola—*Mesonero Romanos street*—ambas con sus *pensonistas*, muy pintaditas, muy teñiditas, buscando como Diógenes á un hombre que indudablemente se halla allí, pero que no saben cuál es, que tal vez sea aquel viejo de la platea ó aquel colegial de la 3.^a fila; aquel militar flaco y amarillo, recién llegado de Cuba ó el *Asaura*, el novillero.

Después, como siempre: *Fornos*, las 12 ó 14 mujeres de siempre, las cenas pequeñas, algún que otro señor que pide el gabinete número 9, algún coche que pasea por la calle de Alcalá conduciendo dos ó tres gomosos con otras tantas muchachas perdidas, los últimos vendedores del *Heraldo*, las niñas del *coín* que salen de los billares, el tropel de *horizontales* baratas que llenan las aceras, los cómicos que vienen de sus teatros, los *groupiers* que van satisfechos, los serenos que duermen y el delegado de la policía que dice de cuando en cuando con voz cariñosa:—¡Vamos niña, formalidad!

Siguen horas y horas; Madrid está quieto, se marchó el trabajo y quedó el vicio.

La gente que ha quedado, espera á que amanezca, á que se pongan los puestos de buñuelos y á que salgan los primeros albañiles, para retirarse á sus casas exclamando:— ¡Pues, señor, es lo que yo digo! ¿Cómo puede madrugar tanto esta gente?

MIGUEL ARDAM



Buen pulso!

El problema

(Montevideo).

Fuera, los colores de humo de la noche, descolgándose de lo alto, para extenderse como tupido velo sobre la tierra. Algunas estrellas descienden del fondo del infinito para hacerse visibles, y tiemblan como asustadas luciérnagas. Un gran silencio, tan sólo interrumpido de vez en cuando por el lejano rodar de un carruaje que pasa.

Lulú charla alegremente con Nina y Violeta en el elegante *boudoir*. Sentados en el cómodo canapé, un poco retirados de las hermosas niñas, Alfredo y Roberto sostienen por su parte, animado diálogo.

—En verdad, es todo un problema — exclamó el primero.

—Un problema, eso es.

—¿Y cómo se llama?

—El problema de Molineux.

Violeta se volvió hacia ellos y preguntó:

—¿Molineux? ¿Quién es Molineux?

Sonriendo galantemente, Alfredo contestó á su amante.

—¡Bah! Tú no le conoces, querida mía. Es un filósofo ó cosa así...

—En todo caso — exclamó la picaresca Lulú — ¿será más amable que ustedes, no es cierto?

—¿Por qué, Lulú?

—Porque estando en compañía de mujeres bonitas, no se irá á charlar tonterías con los amigos.

Roberto extrajo una larga bocanada de humo de su habano, y después, con mucha calma:

—No son tonterías, queridita,... es todo un problema filosófico — dijo.

—¿Y podremos entenderlo nosotras? — contestó llena de encantadora burla la amable joven.

—¿Por qué nó? Oigan, pues.

Hubo un instante de silencio. El pequeño reloj, marcaba sobre la cónsola, el tiempo con alegre tic-tac,—medio perdido entre dos jarrones repletos de vivísimas flores. Luego, Alfredo continuó:

—Supongan ustedes un ciego de nacimiento, llegado á la edad de hombre, y al que se ha enseñado á distinguir, por el tacto, un cubo de un globo, del mismo tamaño y composición, por manera que cuando toca el uno ó el otro, sabe decirnos cual es el cubo y cual es el globo. Supongan, también ahora, que dicho ciego recobra la vista, y que se le presenta el globo y el cubo. He aquí el problema: se quiere saber si ese hombre sin tocar los objetos, podrá reconocerlos ó nó.

—¿Y qué han resuelto los señores filósofos? — preguntó Lulú sin dejar su sonrisa burlona.

—¡Psé! Nada, á decir verdad — contestó Roberto. — Formulada así la pregunta, Leibnitz está por la afirmativa, y Locke por la negativa.

—Conque, señorita Lulú — exclamó Alfredo, — ¿le parece á usted que es una tontería el problema?

—Sí.

Roberto y su amigo se miraron, un poco asombrados. Lulú continuaba sonriendo.

—Y digo más, todavía — prosiguió ésta; — digo que eso no es problema ni cosa que lo valga. El verdadero problema sería el de averiguar si ese ciego, al recobrar la vista, puede distinguir entre dos cubos, dos globos ó dos cilindros como se quiera...

—¡Bah!...

—¡Cómo, bah!... señor mío... Eso es una imper tinencia...

—Protesto que mi ánimo no ha sido...

—¡Cállese usted!...

—Ya estoy mudo... ¿Es otro problema?...

—Casi, casi — exclamó, riendo de todo corazón la linda joven. — Se trata de saber si usted es capaz de guardar silencio cuando se le mande.

Alfredo no chistó siquiera. Lulú soltó la carcajada.

—Pero, ¿en qué quedamos, hada mía? — preguntó Roberto — ¿Cómo resolverías tú el problema de Molineux?



De excursión. — Un « alto » agradable.

—Yo ¿no lo he dicho ya? me decido por la afirmativa, como... como...

—Leibnitz —apuntó Alfredo.

—¡Sempiterno charlatán! Lo iba á decir yo!

—Pero veamos...

—No hay que ver nada. Está resuelto. Y digo más: digo que ese ciego, en idénticas condiciones, puede diferenciar y distinguir un cubo de otro, un cono de otro cono, y un cilindro de otro cilindro... ¿Verdad, Nina?...

¡Oh! ¡Qué divino rubor el que encendió las mejillas de la hermosa joven! Reclinada voluptuosamente en la hamaca acolchada con bordados de riquísima seda, Nina había oído, sin chistar, toda la conversación. Ahora, ante la brusca pregunta de su buena amiga Lulú, su cuerpo había sufrido un secreto estrechamiento de paloma prisionera,

y sus ojos divinos temblaron como un rayo fugitivo.

—¡Ah! ¡Nina lo sabe!—exclamó Roberto.

—¿Yo? ¡Dios mío! Si yo no sé nada...

Y fué tan bien remedado el candor con que la encantadora mujercita balbuceó estas palabras, que Violeta—su confidente más fiel—encontróse conmovida hasta derramar lágrimas.

Nina parecía soñar. Sus manitas de nácar sostenían la barba; sus ojos, velados por la sombra misteriosa de las pestañas, estaban fijos en un lazo color de rosa de su vestido. ¿En qué pensaba? Tal vez en algún bosque lejano donde el perfume de las florecillas silvestres invitaban al reposo.



S. M. la gracia española. — Bailando el bolero.

Oregau.

—Vamos á ver; cuenta Lulú, cuenta pronto,—dijo impaciente Roberto.

—¿Tú lo mandas?

—Y bien, si así lo quieres, yo lo mando.

Entonces la hermosísima joven se reclinó en el sofá, y empezó su historia con voz lenta, muy lenta, y baja, muy bajita.

—Era un hada pequeñita, transparente como el sueño de una virgen y pura como el primer rayo del lucero. En sus lindos ojillos, semejantes á esas pintas metálicas que adornan las alas de las

La Saeta

mariposas nocturnas, vivían reflejos de luz, misteriosos y serenos. Su cuerpo gentil, de líneas perfectas é ideales, con curvas arrebatadoras, hacía soñar en esas voluptuosas solitarias que desmayan de amor sencillo y sublime en los poemas de Longfellow. Y su corazón enamorado, y su alma inocente, semejaban á ricos vasos de cristal, guardadores de exóticos perfumes, que nunca el contacto humano había manchado. Su nombre era Má.

Pero; ¡ay! la divina hada de mi cuento era ciega de nacimiento y para el amor. Jamás el pícaro Cupido había venido á mojar su flecha en el vaso de cristal con esencias misteriosas de la querida Má. Nunca un silfo gentil llegó á conmovér aquella caléndula sensitiva. Su frente serena como el cristal de un lago plateado, no había llegado á plegarse pensativa bajo el peso dulcísimo de un pálido ensueño de pasión. Má era ciega para las divinas alegrías y las eternas primaveras del alma.

Sin embargo... Era una noche de Diciembre, como ésta: los colores de humo de la noche descolgábanse de lo alto para extenderse en pesados jirones sobre la tierra dormida. Algunas estrellas descendían del fondo de los cielos, dejándo-

nos entrever sus miradas de luz, tembladoras como asustadas luciérnagas. Un gran silencio se tendía en la vasta soledad de los campos.

Y él, el silfo predestinado, apareció en un claro del bosque, junto á un pino corpulento. Un instante se miraron en silencio; después,

—¿Cómo te llamas?—le preguntó él.

Y entrecerrados pudorosamente sus lindos ojitos de gacela temerosa, contestó:

—Me llaman Má... ¿Y tú, como te llamas?

—Allá muy lejos, en mi patria del Sol, me nombran Araguirá, el pájaro de luz...

Se habían sentado sobre la hierba y charlaban amigablemente, bajo el dosel gigante del pino perfumado. Sus almas acababan de comprenderse; sus corazones se unían. Bajo la música celeste de las palabras de él, más dulces y sentidas que esas que murmuran el viento entre las ramas de los viejos árboles, cuando cae la tarde, Má sentía que una plácida somnolencia invadía su cuerpo todo, llenándola de dulzura.

—Tómame... soy tuya...

Los labios se unieron, y sobre aquel silencio inmenso que dormitaba en la vasta soledad de los campos, pareció que palpitaba un murmullo levísimo de placer, un dulce repiqueteo de gotas de

rocío cayendo sobre la cara transparente de un finísimo cristal de Bohemia.

Lulú guardó ^{***} silencio algunos instantes. Todos la oían religiosamente, mecidos como en un sueño por la bonita charla de la encantadora. Sólo Nina, en su hamaca de sedas multicolores, parecía distraída siguiendo el vuelo de sus recuerdos.

Lulú hizo un pequeño mohín lleno de encanto y prosiguió su historia:

—Muchos días después, el hada azul de mi cuento, concurrió, como lo hacía todas las noches, á la cita de su amado. Era una noche obscurísima, tan oscura que no se lograba distinguir, á un centímetro de distancia, los pistilos de las flores silvestres. Má tenía mucho miedo, pero el amor no detiene barrera alguna. Envuelta en su manto de amapolas llegó á la alcoba nupcial. El amante la esperaba ya; y aunque no le veía el rostro, su beso de amor, con que la recibió, le llenó el alma de dulzura.

En silencio siempre, sin murmurar una palabra, entregados por completo á su dicha, abandonáronse sobre la olorosa hierba. El la había cogido entre sus brazos y la llenaba de tropicales caricias. Sus besos eran cada vez más apasionados. Una infinita dulzura recorría el cuerpo de ella en ondas tibias y perezosas.

Pero, he aquí que de pronto el corazón de la diminuta hada da un vuelco. ¿Qué es ello? ¿Qué es lo que siente? En medio del placer indefinible que cierra sus párpados y acelera las pulsaciones de su amante corazoncito, una duda viene á tenderse ante sus ojos. Aquél no es su amante; aquél no es el silfo de sus amores; aquél no puede ser Araguirá. No puede verle, porque los colores de humo de la noche se condensan y parecen hacerse cada vez más espesos; pero el tacto no la engaña. El cuerpo que se estrecha contra el suyo no es el de su amado... Y sin embargo, las caricias, los besos, todo, todo es



En el baile de la Ópera.

Reutlinger.



Alegoría



Con mi mantilla de seda — y vestida de alamares — ¿quién de ustedes me desprecia?

igual... ¿Qué pensar, Dios mío? Má quiere alzarse, interrogar; pero la boca sedienta de su amante la mantiene prisionera. Y su alma se entristece, y su corazón se enciende en sollozos. ¿Le estará siendo infiel á su Araguirá... ?

Al día siguiente, Má lavaba sus piecillos de arminio y rosa en el arroyo de aguas azules, pensando siempre en la ventura de la noche anterior. De pronto un murmullo suavísimo la hizo volver la cabeza.

¡Dios mío! que cosa más extraña! Dos silfos idénticos, absolutamente iguales en estatura, en rostro, en modales, se aproximaban conversando. Y era, uno Araguirá, Araguirá su amante; pero, ¿cuál de ellos? La voz, los gestos, la mirada, las líneas todas de sus cuerpecitos elegantes eran absolutamente iguales. ¿Cómo distinguirles? Ni una huella, ni un signo revelador; dos almas gemelas, en una palabra.

Má sintió una opresión en el corazón, La duda de la noche antes, se le presentaba neta y precisa. ¿Habría engañado, sin quererlo, á su dulce amante?

—¡Hé ahí en efecto, un caso más difícil de resolver que el problema del Molineux! — interrumpió Alfredo.

—Muy bien;—apuntó Roberto — ahora veamos la solución.*

—Es sencillísima, — dijo Lulú. — La diminuta hada de mi cuento, la bella Ni... ¡Ah, qué horror!— se interrumpió vivamente y mirando á la preciosa Nina, cuyas mejillas de nieve se tiñeron de un rosa suavísimo. Luego prosiguió la encantadora Lulú:—La hadita Má quiso salir de dudas, una vez por todas, y reconocer á su verdadero amante... Pues bien...

—¿Qué hizo?—interrogaron todos á la vez

—Llamó á ambos silfos y tomando su precioso anillo de coral—una joya diminuta y valiosísima— la probó sucesivamente en el dedo anular de cada uno de los hermosos donceles. El primero resultó tener un dedo pequeñísimo, un verdadero encanto; pero, el anillo le quedaba grande, y se le caía. En cambio, al segundo le iba justo: aquel era el amante el verdadero Araguirá.

—Por lo demás—agregó Lulú sonriendo picarescamente—bien sabía Má cual era su amante. La noche

anterior había notado el fraude: he ahí el problema de Molineux. La experiencia del día siguiente, fué...

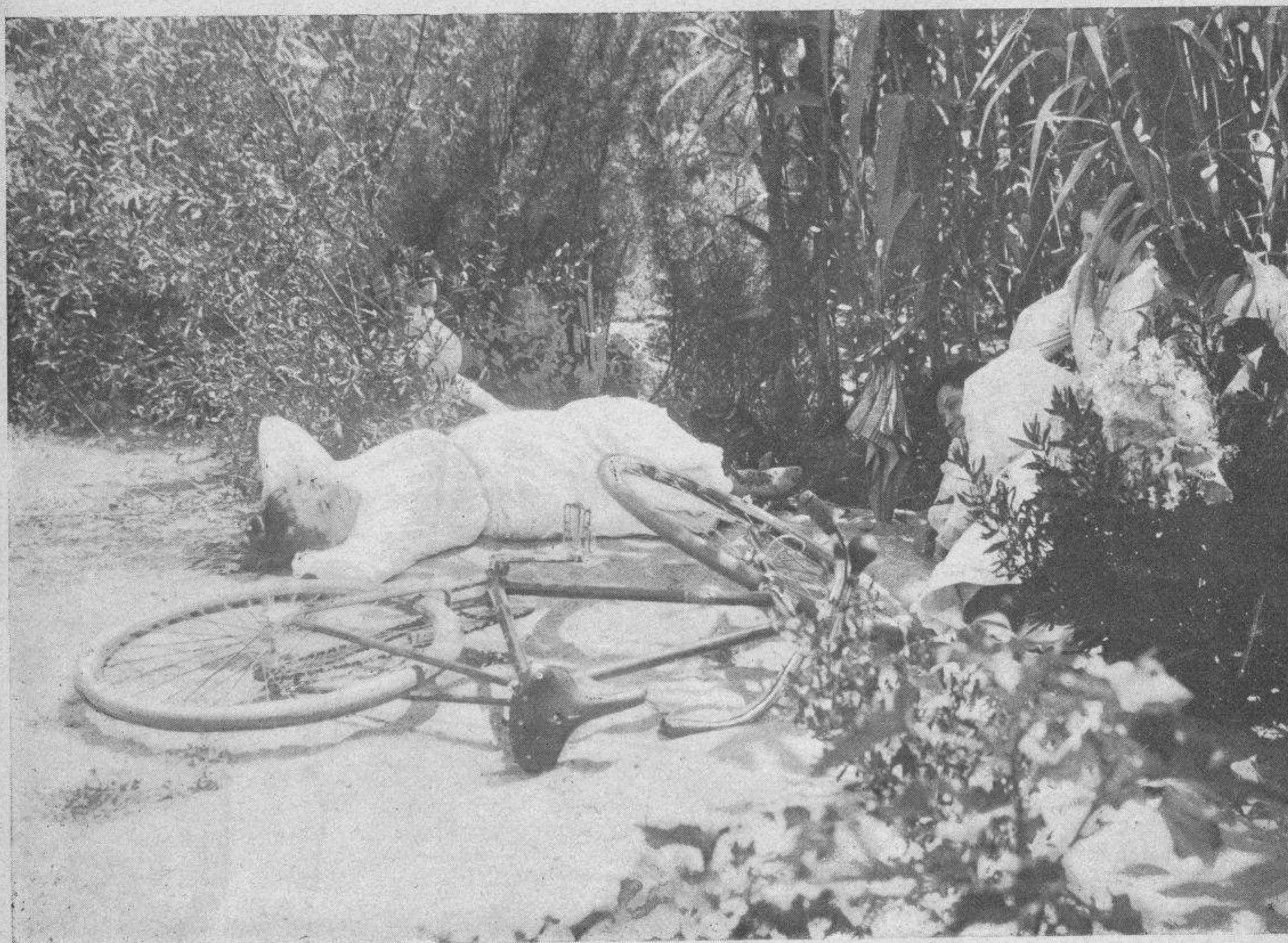
—Concluye, pues—dijo Roberto.

—Fué una experiencia de mujer. Ni Locke ni Leibnitz, con ser tan sabios, hubieran tenido esa idea.

Y la pequeña Lulú, con un gesto de soberano desprecio, abandonó su asiento y fuése á besar la

frente de la hermosa Nina que, arrullada tal vez por el murmullo de la conversación, se había quedado dormida profundamente,—los labios de grana entreabiertos como soñando con besos invisibles de un silfo enamorado, y la frente irisada por un levísimo tinto róseo de bien fingido pudor, á la manera del que tiñe un lago helado cuando sobre él se quiebra el primer beso de la aurora.

VÍCTOR PEREZ PETIT



—Parece que te ha rendido el paseo en bicicleta.
—La poca costumbre que tengo de montar.

Tres edades

Inspiraste pasión á un libertino
con tu hermosura é infantil donaire
y la pureza de tu ser divino,
en la feliz edad que no se olvida,
en la feliz edad que todo es aire,
en el jardín risueño de la vida.

Fuiste más tarde mi ilusión querida
y cediste á mis ansias y á mi ruego,
en la fecunda edad que todo es fuego
en la fecunda parte de la vida.

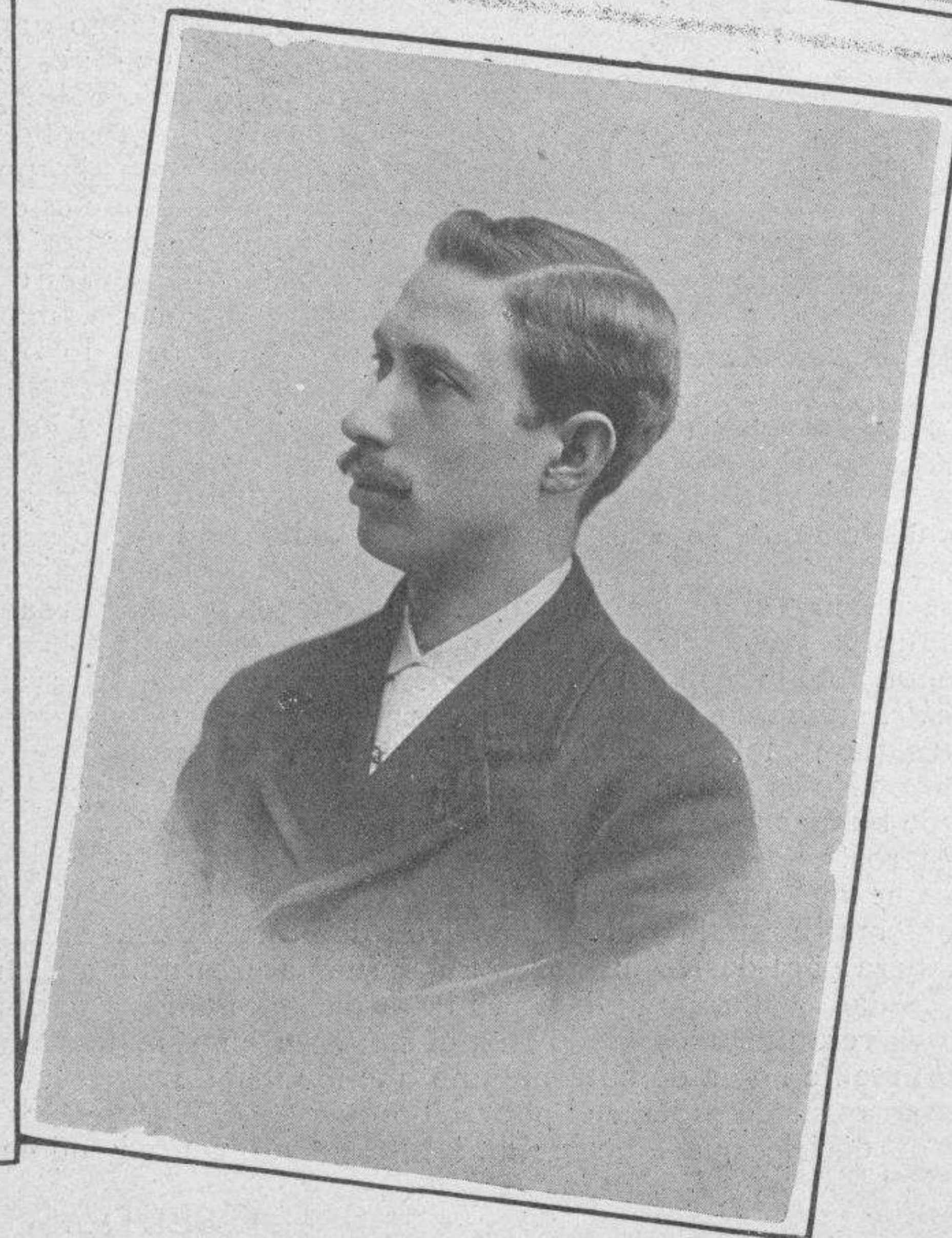
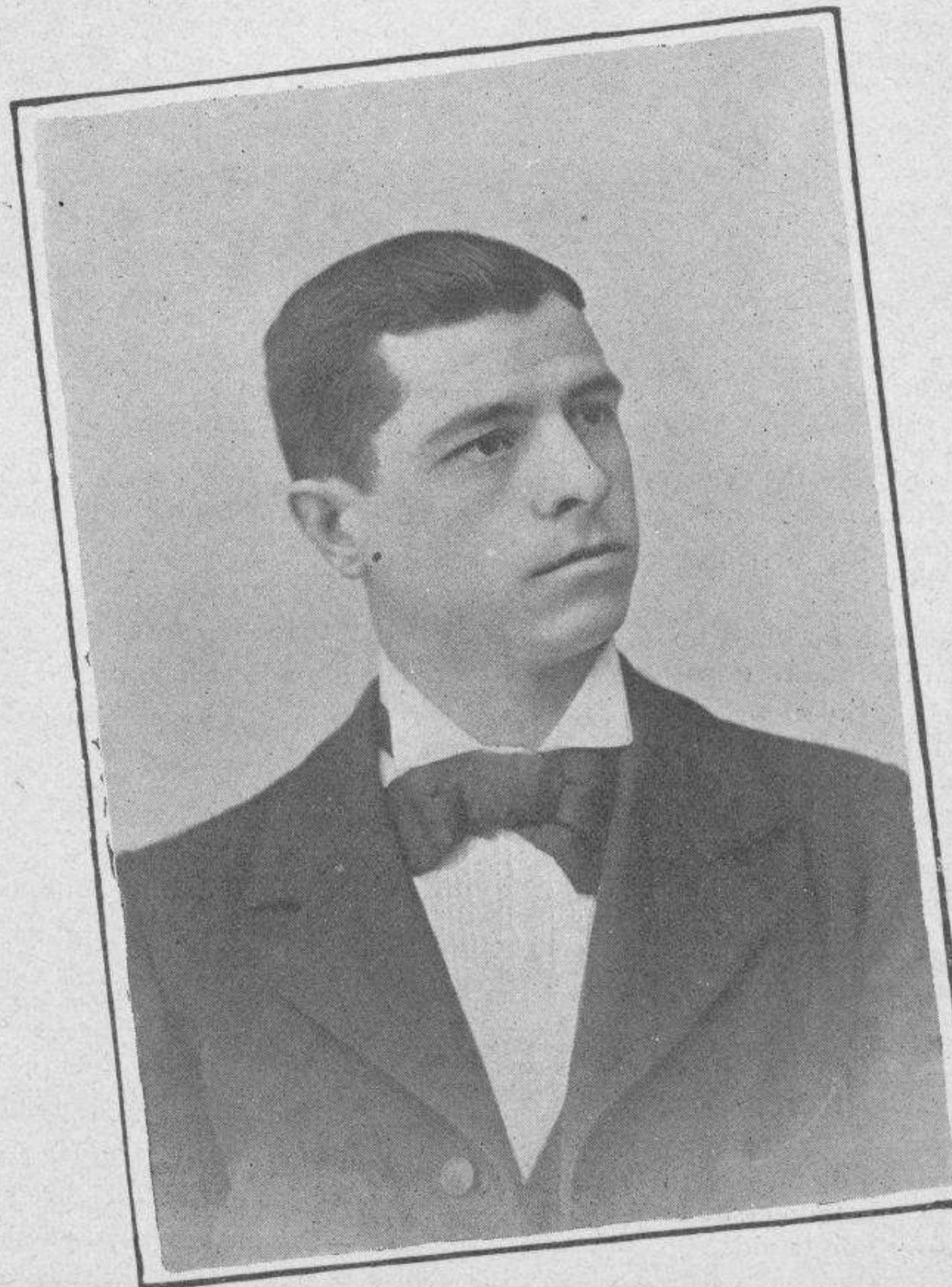
Obedeciendo á tu fatal destino
hoy que ya no eres planta florecida,
pálida estrella en nebuloso cielo,
vuelves á ser pasión de un libertino,
en la cruel edad que todo es hielo
en la llanura estéril de la vida.

OTTO MIGUEL CIONE

No hace falta

Iba cierta mañana
enlutada la hermosa Cayetana,
porque há un mes falleció su amante esposo
y acercóse un gomoso
diciéndola;—Sultana,
su llanto secaría
y su acerbo dolor mitigaría
con mi eterna pasión; hasta barrunto,
que mi amor llegaría
á borrar el recuerdo del difunto.
—Agradezco su intento
y la idea loable que le impele,
mas no puedo aceptar su ofrecimiento.
—¿Por qué, negro tormento?
—Porque tengo yo ya quien me consuele.

SALVADOR MORENO AGUADO



Elena Rodriguez (Fot. Coromina y Emeric).

Patricio León (Fot. Espiugas).

Francisca Fernani (Fot. Audouard).

Manuel Rodríguez (Fot. Audouard).

Juanita Fernández (Fot. Audouard).

Anselmo Fernández (Fot. Audouard).

Consuelo Mascaraque (Cent. Fot.)

La primera carta

MONÓLOGO

(Manolita, niña de quince años.)

—Aquí está (*mirando la carta*). ¡Cómo vacilo!... ¿La abriré?... Salgamos de dudas. ¡Ay! Con qué fuerza me late el corazón... ¡Tengo mucho miedo! Aunque por aceptar una carta de un chico simpático y fino no me van á reñir, ¡claro! ¡Me gusta tanto ese joven!...

¿Y qué voy á decirle? (*Reflexiva.*) No sé; es la primera vez que me veo en estos trotes y necesito que alguien me aconseje... Luego, cuando me hagan otras declaraciones, no me faltará experiencia. (*Sonríe picarescamente.*) ¡Dios mío, qué tonta! Estoy formando castillos sin saber lo que él me dice. Veamos.

Razón tienen estos que escriben y afirman que se siente una emoción extraordinaria y

desconocida al recibir carta amorosa, porque la verdad, yo... no sé lo que pasa por mí. (*Lee:*)

«Ángel mío: Después de dudarlo mucho, me arriesgo á declararle que siento por usted una simpatía tal, que de ser correspondida, trocaríase bien pronto en pasión grande, fascinadora.

¿Quiere usted ser el primero y único amor de su rendido

LUIS?»

¡Qué vergüenza! Píde que le corresponda... y tengo que decirle que sí; es decir, si lo pienso bien, no sé si quiero ó no quiero ser amada, porque no sé lo que es eso.

A juzgar por lo que me han dicho mis compañeras, mayores que yo, y lo que he entendido de lo que escriben los novelistas, el amor es tal como un disparate de



Paseo central en el Parque de Petherof (Rusia).

cosas que sienten los jóvenes cuando se ven y que entra así, de rondón, y que no se puede evitar ni explicarse.

Aseguran que primero parece como si una enfermara... y lo que es yo, la verdad, no estoy bien... Siento un hormiguillo... Eso debe ser el amor, ¡claro!

Pero, ¿qué le respondo, señor, qué le respondo? (*Agitada.*) El es muy guapo; vaya si es simpático. (*Pone la cara inefable, de gozo.*) ¡Jesús, y qué cosas parece decir cuando mira con aquellos ojos tan grandotes que tiene!... (*Sonriendo satisfecha.*) Y me llama ángel. (*Poniéndose seria, como si disputara.*) No es mentiroso, nó. Sólo por eso me gusta ya; porque los otros, los de mis amigas, de buenas á primeras ya dicen que las adoran y que se mueren si no les dan el sí; ¡embusteros!

Este es más delicado; dice que me amará mucho, si le correspondo... Y yo sin saber qué contestarle. ¡Vaya un problema! Es un fastidio ser novicia; debía enseñarse esto en los colegios. Rómpace usted la cabeza para darle á un joven un *sí* que parezca un *nó*. Es fuerte cosa que no pueda decirse la verdad. Nada, hoy mismo va la respuesta: manos á la obra.

No sé lo que escriba; pero ya verán ustedes si doy en el *quid*. Dicen que las mujeres somos unos diablillos... Seguramente no ha de faltarme uno que me inspire.

Lo que siento es que se va á cansar de esperar el pobrecillo.

Ustedes me harán el favor de decirle que en seguidita le contesto, concediéndole... la *beligerancia*.

J. BELTRAN



— Pero, chica, ¿cómo vas así? ¿Te incomoda la ropa?
 — A mí nó, al público.

¡Qué hermosura! Despide la alborada
 resplandores de fragua ciclopea,
 y el horizonte es como azul cascada
 que entre peñascos de arrebol se arqueal

Arroja el nido una armonía suave;
 tiene el rocío claridad de llanto;
 y hay en las alas inquietud de ave,
 y hay en los picos plenitud de canto.

Como una línea de esplendor febeo
 entre lo humano y lo divino marca:
 y en su pecho reclínase Romeo,
 y á sus pies arrodíllase el Petrarca.

Tiene un alma de alburas de alabastro,
 cuando en su vida es inocencia todo,
 y la inocencia, cual fulgor de astro,
 no se mancha aunque caiga sobre el lodo.

Dios hizo el firmamento que anhelaba,
 y entonces lo extendió sobre las cosas,
 y de un trozo de cielo que sobraba,
 hizo Dios las mujeres y las rosas.

¡Amar! amar es endiosarse ¡amal
 es vivir dialogando con Julieta:
 si quiere mucho el corazón, derrama
 yo no sé qué ternuras de poeta.

El amor es soñar transfigurado
 en un arcángel de celestes galas,
 y remontarse hasta un edén rosado
 vertiendo estrellas, al mover las alas.

Soy joven, tú eres casta. Dame un beso;
 formemos el idilio de las bocas...
 ¡Que destrocen la flor del embeleso
 nuestras dos almas como ofelias locas.

¡Una novial ¡un poeta! Sueños, cantos,
 florecencias de amor y de ventura;
 los gorjeos triunfando de los llantos,
 la caricia mordiendo á la hermosura.

¡Una novial ¡un poeta! se hallan todas
 las ternuras del alma confundidas ..
 ¡En la célica fiesta de mis bodas,
 como dos alas se unirán dos vidas!

Dios al formar tu donosura quiso,
 que al tenerte enredada en mis abrazos,
 estuviera enredado el Paraíso
 en los puros delirios de mis brazos.

¡Cuántos áureos recuerdos me embelesan!
 de las bellezas del ayer hay pocas
 en este sitio donde aun se besan
 las mismas almas y las mismas bocas.

Al mirarte recuerdo la ventana
 por esa mano virginal abierta,
 cuando el vivo fulgor de la mañana
 ponía un sol en cada rosa muerta;
 y el lujo que ostentaron las *cuchillas*,
 cuando, juntos los dos en la pradera,
 reposaba tu cuerpo en mis rodillas,
 y en tu falda un montón de Primavera.

¿Te acuerdas de la tarde en que, á los vivos
 rayos de sol, una canción leía?
 ¡Tus besos eran puntos suspensivos
 puestos al fin de cada estrofa mía!

¡Como aves mansas los recuerdos vuelven
 ya el cisne esponja su nevada pluma...
 ¡Miral los flecos de la aurora envuelven
 la unión del cisne y de la blanca espuma.

¡Cuánto ensueño se agita en mi cabeza!
 En mi alma hay versos y en tus manos flores
 Tú eres Diosa triunfal de la belleza,
 yo soy bardo triunfal de los amores.

¡Oh, que el pasado, que el ayer no huya!
 Porque en sus hombros de esplendor de día
 ¡se irán ensueños de la vida tuya!
 ¡se irán ternuras de la vida mía!

GUZMÁN PAPINI Y ZAS (uruguayo).



Instantánea

Diario de una casada

(Continuación.)

Noviembre, 18. — He pasado tres días en cama, con violenta calentura y un dolor espantoso de cabeza. El médico temía en un principio que no me diera una congestión cerebral y me sometió á un tratamiento enérgico que me ha dejado muy postrada y me tiene todavía en mi cuarto, caída en la butaca. La pobre Mamita, que en todos estos días no se ha separado de mi lado — en este momento se ausenta por algunas horas para dar un vistazo por su casa — procura alentarme y distraerme, asegurándome que pasado mañana podré salir á dar un paseito en carruaje.

¡Pero, qué triste tengo el alma! Siento como una oleada de hondísima amargura invadir todo mi sér, y mis pensamientos giran inevitablemente en torno de la misma idea desconsoladora: cuento apenas veinte años, no hace todavía uno que estoy casada... y lo estoy con un hombre que me engaña villanamente y cuyo bajo libertinaje le lleva á los brazos de una mujer perdida. ¿Qué porvenir me espera, pues, al lado de un marido que así me miente, á quien no

basta ya el cariño de una esposa en toda la lozania de su juventud?... ¿Acaso se ha marchitado esa mi belleza de que meses atrás se mostraba tan entusiasmado?... Mi espejo me dice que nó...

¿Y he de pasar toda mi existencia, que sólo empieza, encadenada á la de un hombre entre cuyo corazón y el mio se levanta ya una valla infranqueable?... ¿Y habré de mostrarme sumisa, resignada, afectuosa, en aras de la tranquilidad doméstica, con quien, fingiendo hipócrita adoración, sólo se casó conmigo por mi dinero, ó tal vez por despecho, para buscar en el matrimonio el olvido de los pesares que le causara una aventurera?...

¡Ah!... Cuando reflexiono sobre todo eso, cuando medito acerca de la horrible situación en que me encuentro, no es ya el dolor, el sentimiento que me agobia; es una ira intensa, reconcentrada, que me hace subir oleadas de sangre á la cabeza...

Y no quiero eso, no quiero. Podría repetirseme la congestión, y quién sabe si *mi* Pepe no se regocijaria en lo íntimo de su alma, pasada la primera emoción, de una

viudez que le volvería á las dulces brisas de una libertad completa.

Esa libertad se la devolvería de buen grado, con toda el alma, si me fuese posible recobrar también la mía. Será preciso que medite detenida y friamente sobre el caso. ¿Quién sabe si habrá medio de romper con una situación violenta y que se pondrá insostenible?

Noviembre, 20. — Cada día lo es más. Mi actitud es glacial, enigmática: la de mi marido, embarazosa, revelando la vacilación y el temor; no sabe realmente qué hacer; á pesar de su habitual aplomo, no se atreve á suscitar una explicación que yo aguardo de pie firme y á que él no se atreve. Yo no le dirijo nunca la palabra; si me habla contesto brevemente, procurando disimular mi aspe-
reza, para que no advierta nada Mamita. Creo, sin embargo, que ésta ha comprendido algo; me mira con mal oculta inquietud, pero no me ha hecho todavía ninguna observación; lo cual me da á sospechar que estará enterada de ciertas cosas, pero que no sabe cómo abordar la cuestión.

Hoy he salido con ella en carruaje. En el momento de ponerme mi abrigo y mi capota ha entrado Pepe. Afectando un aire jovial ha exclamado:

—¿Quieres que os acompañe?

—Gracias. Iremos muy bien Mamá y yo solitas.

—Como quieras, hija mía, como quieras, — ha replicado sencillamente y sin darse por ofendido.

Al ponerse en marcha el coche, Mamá me mira con expresión interrogante; comprendo claramente su deseo de averiguar lo que pasa y la indecisión que al propio tiempo para su lengua; me hago la desentendida mirando

por la portezuela y me pongo luego á hablar de cosas indiferentes. Creo que no llegó todavía la ocasión de espontanearme en confidencias que la apenarían demasiado.

Noviembre, 22. — Mientras guardé cama, mi marido no salió de casa ninguna noche; durante los dos primeros días de mi convalecencia se abstuvo también; probablemente por parecerle poco correcto el ausentarse ó porque Mamita no lo extrañara. Ahora, una vez tomado el té, pilla el sombrero, y después de pretextar ó una junta, ó una conferencia en el Ateneo, ó la necesidad de hablar de un asunto perentorio con un compañero de profesión que concurre cotidianamente al Suizo ó á Novedades, se larga para no volver hasta media noche... ó más tarde.

Esas explicaciones, que nadie le pide, las da, no para satisfacción mía, sino para las personas que desde mi enfermedad se reúnen en mi salón todas las noches: mis padres, Paca Linares y su marido, el coronel Zárate y su mujer, nuestros amables y buenísimos vecinos y mi tía Margarita.

Pero ha dado la casualidad esta noche que á las nueve no había asomado todavía uno solo de mis habituales contertulianos. Sentada en una butaca al lado de la chimenea, con un libro en la mano, observaba con el rabillo del ojo, la actitud violenta de mi señor esposo. No sabía verdaderamente reprimir la impaciencia que le consumía y no sabía tampoco cómo componérselas para largarse de... una manera decorosa. Cogía un diario de la noche, que un momento después soltaba; levantábase de su asiento, para dar vueltas por el salón, y sentarse de nuevo y volver á levantarse. Empezaba ya á marearme, cuando de pronto se acerca al reloj de la chimenea y exclama fingiendo gran sorpresa:



Esperando el aviso. — ¡Y pensar que he de subir al trapecio para que se diviertan los hombres!



Entre coristas — Toilette y... chismes.

—¡Cómo!... ¡Las nueve y cuarto ya! No creía, á fe, que fuese tan tarde...

Mutismo completo por mi parte.

—Hijita mía, siento mucho dejarte sola, aunque supongo que no tardarán mucho nuestros amigos en venir — prosigue tras un instante de silencio — pero cabalmente esta noche pronuncia mi antiguo condiscipulo Llorens un discurso en el Fomento, y como le prometí que no faltaría...

—Pues si prometistes, no faltes — replico con mucha seriedad. — Además, siempre estarás más tranquilo y más seguro en el Fomento, que en casa de doña Olimpia.

Habia que ver la cara que ha puesto al recibir este trabucazo inesperado. Y yo, gozándome en mi ferocidad, he añadido:

—Y si al salir del Fomento vas á casa de esa respetable dama (¡con qué retintin he dicho eso de «respetable»!), asegúrate antes de que no hay ningún torero adentro: podrías ganarte un par de bofetadas, como las que recibió un abogado que yo me sé.

Creí, por lo pronto, que el estupor y la ira le ahogaban á mi señor y dueño; toda la sangre se le ha subido á la cara... Luego me ha lanzado una mirada terrible y ha desaparecido dando un portazo tremendo.

Paladeaba todavía el sabor de mi brillante victoria en el momento que entraba Paca

Linares, dos minutos después de salir mi marido. Contra su costumbre, venía con el semblante contristado y la lengua silenciosa.

—¿Qué tienes?... — la pregunto. — ¿Te pasa algo?...

—Si... vengo apesurada... Acaban de darme una noticia que, la verdad, me causa mucha pena.

—¿Y qué noticia es esa, Paca mía?

—Una noticia triste que... no sé si debo comunicarte.

—¡Ah!... Ya adivino: se trata de mi marido, ¿no es cierto?... Pues habla sin miedo, querida, que por este lado estoy curada de sustos.

—Nó, no se trata de tu marido, sino de otra persona; de una persona que un tiempo te fué muy... simpática y que hoy...

—¿Hablas de Fernando?... — pregunto con el corazón oprimido y anudada la voz en la garganta. — Dime, Paca, ¿acaso ha...?

Y no me atrevo á pronunciar la terrible palabra que acude á mi mente.

—Nó, no ha... muerto; pero está muy malo, mucho... sin esperanzas...

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

(Continuará.)



La danza de las huríes.

La cana y el espejo

¿Carta suya?—La abro y leo:
me pedirá, de seguro,
algún extraño conjuro
contra algún tonto deseo.

Pues en sus cuitas mortales,
se figura la ladina
que he de tener medicina
para alivio de sus males.

Dice así la bella Juana:
—al mirarme en el espejo
en mi cabeza el reflejo
he visto ayer de una cana.

—¡Una cana y á mis años!
cuando en mis gustos no abona
ni el placer su miel dulzona
ni su hiel los desengaños!

—¿Di por qué viene importuna
á descubrirme la falta,
con un cinismo que exalta,
del torpe espejo la luna?

¡Si es mucha su terquedad!
cuantas veces me he mirado
esa hebra blanca ha copiado...
¡cómo amarga la verdad!

Mas no volverá, de juro,
el vil cristal indiscreto
á descubrirme el secreto...
¡por que ya no está en el muro!

—¿Qué he hecho de él?—¿saberlo quieres?
¡acertarlo no pudieras!
¡con quien las ama de veras
eso hacen las mujeres!

¡En mi arrebató furioso
le eché soberbia los brazos...
y saltó en cien mil pedazos,
y está el pobre echo un destrozol!

Las dos manos tengo heridas,
pues ya ciega no miraba
dónde ni cómo le daba,
y están de cortes perdidas.

Después me abrasaba el llanto,
y aun lloro cuando te escribo,
porque terca no concibo
la razón del desencanto.

Y pues tú todo lo sabes
y como un mago resuelves
cuando en tu mente revuelves
las cuestiones que son graves.

«Dime si en tu ciencia extraña
alguna vez has hallado,
que esté en nieve congelado
el cráter de una montaña.»

¿Lo veis? ¿qué he de decir
que mi voz no la maltrate?
no sentirá el acicate
una bestia sin herirla.

Pero es preciso, contesto,
ya está aquí escrita la carta;
sólo falta ora que parta;
sin enfado dígole esto:

«Ya que en sus pobres despojos
no puede el espejo darte
reflejo para alisarte,
ven y mírate en mis ojos.»

Pero te prevengo, Juana,
que mentiré sin cuidado,
si en tu cabello dorado
veo brillar una cana.

Pues no ambiciono el castigo
con que premias un consejo:
la falta del pobre espejo,
fué el ser demasiado amigo.

Y si vestirme pretendes
según tu costumbre añeja,
ante el cristal que refleja
tus mimos, y me reprendes,

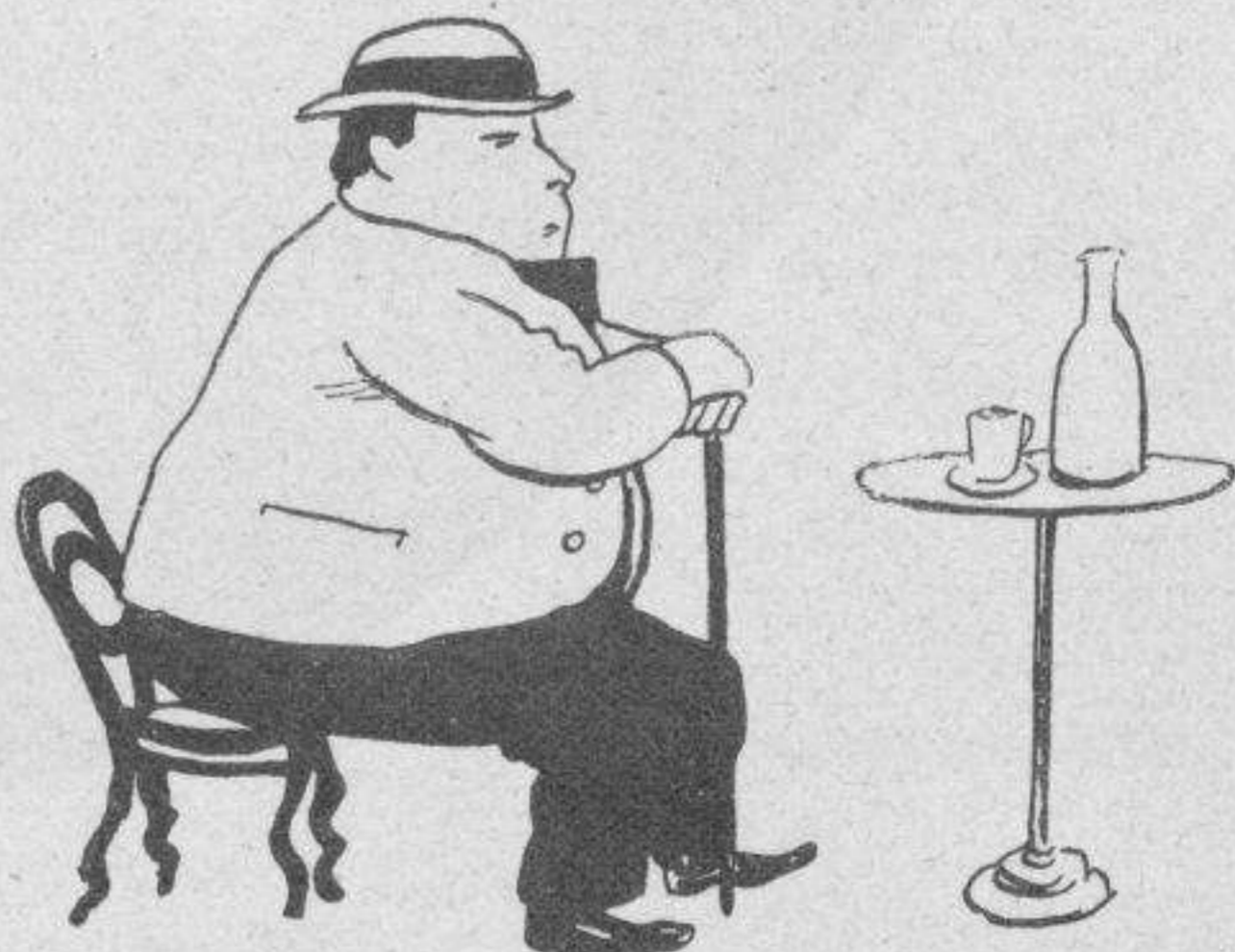
dulce Juana, por mis juegos,
copia tus gracias brillantes,
pero escucha por Dios: antes
déjame los ojos ciegos.

CARLOS SAMUEL

LOS GORDOS, por XAUDARÓ.



Es una desgracia ser gordo.



Estropea todas las sillas.



¿Tiene un lance? Recibe el tiro. ¡Claro, como presenta más blanco!



¿Le engaña su mujer? Imposible vigilarla cautelosamente.

Andese usted con diplomacias

El amigo Carl había logrado que la hermosa Irene le favoreciera; muchos iban al retortero, y hasta la fecha en que el agregado á la embajada se presentó, muchas aristocráticas damas se mordían los labios cuando salía á relucir en las murmuraciones de salón la virtud de la mujer del conde Lok.

Las amistades entre él y ella se pactaron con todo sigilo: Durante seis meses celebraron entrevistas, sin que los que andaban á caza del resbalón advirtiesen la inteligencia.

Pero se ha dicho que el crimen no se consuma impunemente, y que el demonio las carga.

Y así fué. Cierta noche, en que se hallaban entretenidos nuestros enamorados, (y para que la diversión fuese más discreta á oscuras), ocurrió que Carl tuvo que huir. Valiente sí lo era y no daba nunca la espalda al enemigo: había luchado en Italia y en Francia y tenía muy blanca su hoja de servicios; en duelo á muerte despachó á tres ó cuatro rivales: de modo, que esta fuga no podía achacarse á cobardía. Nó; hay veces en que el talento tiene que sobreponerse al orgullo y al valor, y otras en que el ser bravos consiste, precisamente, en tener gran delicadeza de alma.

De aquí que el amigo Carl, tratando ante todo de poner á salvo el honor de su dama, para que no mordiesen en él las hablillas del vulgo, al oír ruido en la habitación, procurase la escapatoria. Pero como él, por exageradamente precavido, cuando entraba en el paraíso de su hermosa Irene solía imitar á los árabes, que dejan los zapatos en la puerta, tuvo que saltar el balconcillo de aquel misterioso entresuelo descalzo.

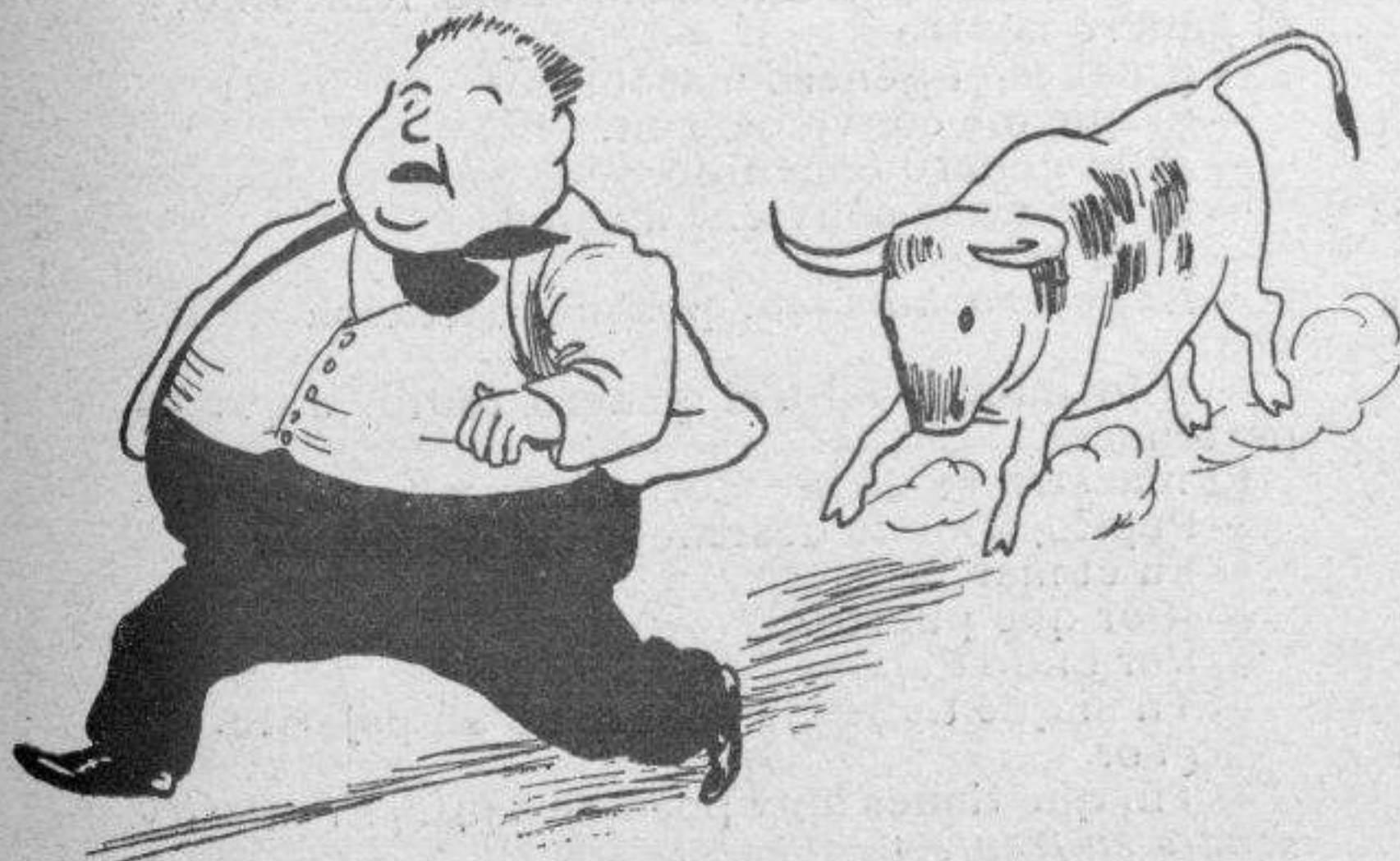
Ya en el suelo silbó, y clara debió establecerse la inteligencia, pues á poco llovieron dos botas.

—¿Botas digo?— Mejor botinas, de marcado tipo inglés; ¡cómo que pertenecían á Irene y no á Carl!

Carl no tuvo más remedio que calzarse las de su adorada, para no ir descalzo en invierno, por calles cuyas baldosas parecían de cristal. Y lo peor era que amanecía, y que como ciertos aristócratas no acostumbran á madrugar, tropezó el diplomático con un amigo suyo, y éste, ladino, reconoció la marca de fábrica. De congetura en congetura, llegóse al descubrimiento de la verdad y la virtuosa Irene sirvió de bocadillo durante unas noches á las murmuraciones de salón.

Nota. No hubo desafío; el conde Lok era exageradamente flemático.

RICARDO CASTELLVET



¿Se halla en el apuro de correr? Malo... malísimo.



En fin, para cuestiones de amor... ¡nulo!



En virtud de ciertas circunstancias particulares, había órdenes muy severas en la provincia de...

A todo el que pasaba, se le exigía el pasaporte. Un empleado del ayuntamiento detiene á un viajero.

- A ver, la cédula de vecindad.
- Aquí está.
- Vamos á ver. ¿Cómo se llama usted?
- Juan Antonio de Lizana.
- Perfectamente. ¿Edad?
- Veintisiete años; ahí lo tiene usted escrito.
- ¿Escrito, eh? ¿Pues si yo supiera leer, le preguntaría á usted nada?



Sé de una poetisa
que no sabe zurcir una camisa,
y es tan llana y modesta,
que lleva rota la que lleva puesta.
*Lllaman filosofía
á lo que es ¡oh lectores! porquería.*



Habíanse reunido varios amigos para distraerse en el tiro de escopeta; tocó á uno de ellos, muy torpe, hacer la puntería, y al verlo otro, fué á sentarse en el blanco.

—¿Qué haces? Exclamaron los demás observando su movimiento.

—Nada, señores, tranquilícense ustedes; tirando este amigo, en ninguna parte estoy más seguro que aquí.



Un estudiante se declaró en un baile á una niña muy coquetona: ella le contestó:

—Tengo tantos pretendientes... Si usted se conforma con tener el número 37...

—Con mucho gusto, señorita, replicó el escolar: más números entran en la rifa del cerdo de San Antón, y quien toma billete tiene probabilidad de que le caiga.



Un médico y un boticario disputaban sobre la resurrección de Lázaro.

—¿Pero usted cree que sea verdad que resucitó? Dijo el farmacéutico.

—Sin duda, replicó el médico: ¿no ve usted que Lázaro era pobre y murió sin asistencia? Lo que yo no sé es si hubiera muerto en nuestras manos cómo se habría arreglado Cristo para resucitarlo.



¡Qué horrible pesadilla! Yo soñaba
que estábamos por siempre separados...
lejos de ti, de mi existencia triste
la dura carga me agobiaba al cabo.
Tuve celos horribles; sentí rabia;
corrí á buscarte y te buscaba en vano;
quise morir y me arrojé al abismo...
y al despertarme te encontré en mis brazos.

ANTONIO CANÉS

El conde de X acaba de recibir en calidad de groom á un joven que le habían recomendado de su provincia y que se llamaba Tomás, como el duque de Génova.

Un día pasó entre amo y criado el siguiente diálogo:

- ¿Llevaste la carta al marqués?
- Sí, señor; pero dudo que pueda leerla.
- ¿Por qué?
- Se me figura que el señor marqués es ciego. Cuando entré en la sala había mucha gente, y el marqués me dijo:
- ¿Y el sombrero?
- ¿Bueno, y qué?
- ¡Tomal! —añadió Tomás soltando la carcajada; — que no veía mi sombrero, y eso que yo lo tenía en la cabeza.



Preguntábanle á un jorobado de que partido era, y respondió:

—Yo estoy afiliado al socialista, porque á todos nos deja iguales.



Yo no sé porque dolencia
que tenía en la garganta,
á su novio, Teresita
le mandó que hiciera gárgaras;
y con tono lastimero
le decía la muchacha:
Te convienen los refrescos
que la tienes irritada...

MORENO.



En una escuela:

—Vamos á ver, Pascualito, ¿cuántos géneros se conocen?

—Tres.

—Perfectamente. ¿Cuáles son, Pascualito?

—El género masculino, el género femenino, y el género neutro.

—¿Cuál es el género masculino?

—El que me conviene á mi.

—¿Y el género femenino?

—El que no le conviene á usted.

—¿Y el neutro?

—El género humano, porque participa de los dos.

—Hijo mío, te falta el género tonto, á que tú perteneces.

El maestro se dirige á otro niño y le pregunta:

—Pepito, ¿Dónde desemboca el Guadiana?

—En el mar.

—¿Por qué puerto?

—Por el de Pajares.

—Tú si que tienes la cabeza de un pajarito.

—¿Yo?

—Tú, que tienes muy poco de aquí. (El maestro señala su frente.)

—Pues váyase por lo mucho que usted tiene.—
Contesta Pepito.

CHARADAS

I

Tiempo de verbo es la *dos*
y religión mi *primera*,
y es un físico mi *todo*
que le conoce cualquiera.

II

Dos y prima es sujeción,
la *primera* una vocal,
dos tercera en tu balcón
y el *todo* parte ó porción
del cuerpo de un animal.

LUIS LÓPEZ DE LOME



Estrella numérica

```

      6
     2 6
    3 2 6
   1 2 3 4 5 6
    1 5 4 6 4
     2 5 4 6
    1 6 2 1 3
   2 3 1 4 6 4
     6 2 6
      2 3
       2
    
```

Substituir los números por nombres de: 1.º vocal, 2.º nota musical, 3.º en el mar, 4.º nombre de mujer, 5.º verbo, 6.º instrumento, 7.º raza de perro, 8.º verbo, 9.º parte de las aves, 10.º artículo, y 11.º consonante.

GUMERSINDO MILLO GODIRO



Terceto numérico

```

* * *
* * *
* * *
    
```

Substitúyanse las estrellas por cifras, de forma que sumadas horizontal y verticalmente, den por resultado 15.

VICENTE M. JUSTEL



Rombo

```

.
. . .
. . . .
. . . .
.
    
```

Substituir los puntos por letras, de manera que se lea vertical y horizontalmente: 1.ª número romano, 2.ª extensión de agua, 3.ª cabecilla cubano, 4.ª condenado, y 5.ª vocal.

JOSÉ ALIATE



Jeroglífico Comprimido



A. SÁNCHEZ CARRERE.

Soluciones á lo insertado en el número anterior:

CHARADAS: Pelona. Meridiano. Tapete.

LETRA NUMÉRICA: Murciélago.

TERCIO SILÁBICO: AL CI RA
CI PRIA NO
RA NO QUE

TARJETA: Cuadros disolventes.

Correspondencia

M. A. — Siga usted perdonando, aunque me parece que por poco tiempo: deje usted que me vea algo libre de mis tareas. Y gracias por sus atenciones.

S. M. A. — Muy bien. Continúe, por ese camino. Se publicarán.

Sardanápalo. — De su envío, no puedo aprovechar más que una de las minutas. Lo otro ni fú ni fá: quiero decir que con cuidado... ¡Ah! y eso de los madrigales, ¡los han escrito tan bien Cetrina y otros maestros!

B. T. B. — ¡Hombre, francamente! Noto gran diferencia, nó en el tono (que eso por sabido se calla), sinó en el uso de vocablos y en su propiedad. Salvando algunas incorrecciones, la titulada «El patrón araña», me gusta. Está muy bien la imitación. La otra desde luego rechazada.

J. B. — Ya ve usted como no puede uno fiarse de que se conteste á un artículo que no sirve. Si el primero no fué éxito ha hecho usted bien en insistir, porque el segundo me ha gustado. Mucho estudio, amigo, y mucha lima, y mucho manejo del diccionario. No me cansaré de recomendarlo á ustedes.

L. N. G. de la M. — Puesto que usted me pide protección la mejor que puedo dispensarle es advertirle, porque usted se conoce que no ha caído en ello, que la métrica está sujeta á leyes más ó menos convencionales, pero armónicas. Para que sean tales hay que conocer de antemano las leyes del ritmo, que pertenecen á la prosodia, parte de la gramática. Así, estudiando todo lo que le digo, dejará usted de casar vocablos, amontonando consonantes, y dará usted á las oraciones aquella ilación que puede usted aprender en la sintáxis.

A. T. M. — Crea usted que no aconsejo por ganas de herir, sinó porque á todos deseo enmienda, ó sea fortuna. Sólo que no es posible muchas veces curar sin que pique ó escueza el remedio.

J. R. de F. — Le contestaré á usted en el próximo número.

Pato. — ¡Al agual

T. de la R. — Lo único que puedo decirle es que *abrogal* no se encuentra en el *mapa*. Usted habrá querido escribir *abrojal*, y con ese nombre se designa el sitio en que abundan los abrojos. De manera, que usted pone:

«Elevé cuando te vi mi alma al abrogal
y tuve para eso que cruzar las lagunas del bien,
pero en la opuesta orilla me encontré el piélagos del mal.»

Usted, querido, no pertenece ni á los decadentistas. Es posible que dentro de dos ó tres siglos puedan los poetas hablar en metro libre de todas esas lagunas y de todos esos piélagos.

Cabcide. — Corriente. ¡Usted cree que la patria se regenerará reclamando ese hombre un recargo en el presupuesto para que le abonen los sueldos que *no ha percibido*? ¡Caracoles, y qué patriotas son ustedes!

G. M. L. — Nada, los globos se elevan, pero no palpitan. Por mucho que adelante la ciencia, y por muchas libertades, hasta las que se confunden con la anarquía, que se den á los *vates*, no se demostrará que los aerostatos palpiten. Cuando menos, mire usted yo en esas cosas, soy... conservador.

Y seguiremos con los demás.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

❖ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ❖

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

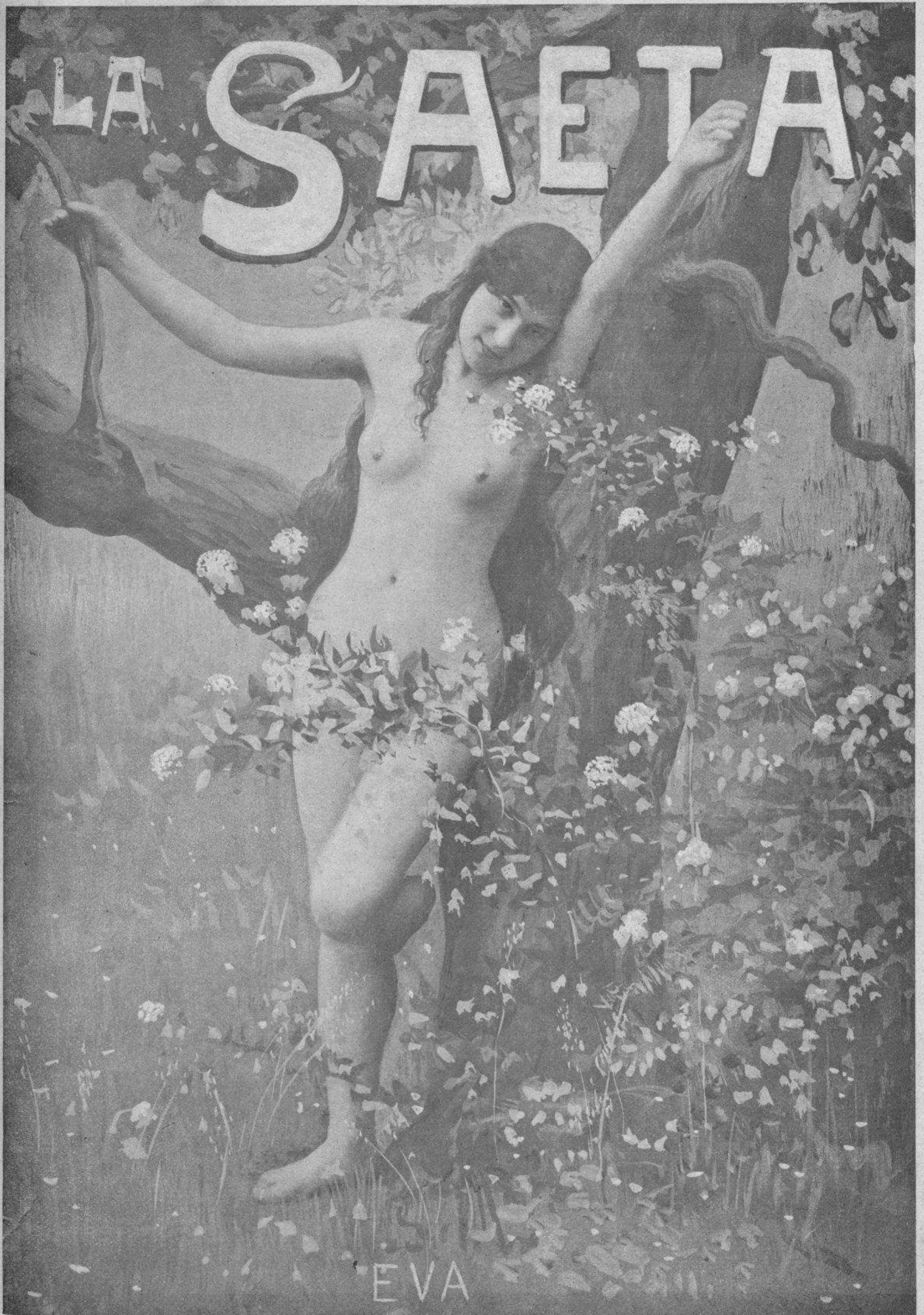
una de las que más ha contribuido á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la critica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 411

